

MI VIDA

Por

ARIEL

RAMIREZ

EXCLUSIVO
PARA FOLKLORE

Por
FELIX LUNA



Era medianoche avanzada. El piano, una botella de vino riojano y en el aire una melodía y unas palabras que teníamos que captar para ponerlas en el pentagrama. Pero esa noche, música y versos parecían fantasmas bromistas: ni Ariel ni yo acertábamos a detectar eso que andaba flotando en el aire. Estábamos fatigados. Una y otra vez fraseaban sobre el teclado los dedos de Ariel sin que ocurriera ese milagro que convierte en canción lo que segundos antes era un balbuceo. Una y otra vez yo escribía y tachaba versos que no me satisfacían...

No andaba. Tenemos experiencia con Ariel Ramírez en esos trabajos de creación. Sabemos que si el "ángel" no se presenta de entrada, es muy difícil pillarlo. Si la "Zamba de Usted" no se hace nota y letras; si la milonga "Los Bichos" no aparece; si los villancicos de "Navidad Nuestra" no vienen... es mejor descansar. Dar tiempo, hacerse el distraído, hasta que la música, las palabras esquivas entiendan que tienen que nacer y entonces caigan como un rayo sobre el teclado, sobre el papel.

Insensiblemente dejamos de trabajar. El buen vino riojano, color topacio, empezó a bajar. Conversábamos largamente, en el silencio de la noche, mientras el barrio dormía. Hablábamos de nuestras cosas, de nuestras preocupaciones, de nuestras esperan-

(Continúa en la pág. 12)

zas: de todo lo que hablan dos amigos cuando la ocasión invita. Poco a poco empezó Ariel a desenredar el hilo de su vida. Me contó su trayectoria, sus luchas, sus años jóvenes. En su voz se perfilaba la historia de una insobornable vocación que yo transmito ahora.

PAISANO SANTAFCINO...

Las raíces de Ariel están muy metidas en la tierra santafecina. Un Valeriano Ramírez fué granadero de San Martín y baquiano del Libertador en el ejército del Alto Perú: kaluyos y yaravis se le habrán metido en la sangre durante sus andanzas de hacedor de la Patria. Su hijo también se llamó Valeriano: era tropero y capataz y hombre de andar en la política brava de aquellos tiempos: a éste deben habersele pegado estilos y triunfos durante sus andares. Y como su compañera era de San José de la Dormida, un paraje donde la provincia de Córdoba pelea el arenal a Santiago del Estero, también debió don Valeriano asumir zambas y chacareras.

La mujer de don Valeriano Ramírez se llamaba Hipólita Fariás.

—Conocí a mi abuela ya viejita —me cuenta Ariel—. Los hijos le habían enseñado a leer y escribir cuando ella tenía 50 años de edad. Desde entonces hasta que murió, un cuarto de siglo después, leía vorazmente todo lo que le caía en la mano. Había descubierto un nuevo mundo con el alfabeto...

Esa abuela Hipólita fué sin duda la que legó a su nieto los rasgos aindiados, el pelo renegrido, los ojos oscuros.

—Una india quichua entera. Y única para las humitas y las empanadas...

El padre de Ariel, don Zenón Ramírez, nacido en Coronda (S. Fe), fue, sucesivamente, maestro de escuela, contador, escribano público, gerente de Banco, profesor de castellano y matemáticas, periodista. Radical yrigoyenista, para completar. Todavía vive don Zenón —y viva muchos años más— derecho como un aguaribay, después de haber visto publicados, a los 80 años, sus "Cuentos de Medianoche".

—Entre los muchachos que solían jugar con mi padre cuando el viejo era chico, había uno, Segundo Ramírez, de quien se decía que era un hijo de mi abuelo Valeriano. Este Segundo Ramírez, supuesto medio hermano de mi padre, se dejó de ver cuando se hizo muchacho. Más tarde se convirtió en leyenda, al conjuro mágico de Ricardo Güiraldes...

Me seduce este parentesco de Ariel Ramírez con don Segundo Sombra. Me parece una prefiguración del destino de este lejano pariente que arrea tropas de cantares criollos por las huellas alambradas del pentagrama.

Pero ahora Ariel me está hablando de su niñez, en Santa Fé.

—Cuando yo tenía 8 años a mi padre se le ocurrió hacernos estudiar piano, a dos hermanos mayores y a mí. Yo fui el primero en abandonar... Apenas un mes aguanté la disciplina del solfeo. Diez años más tarde, volví a reemprender el estudio.

—¿Y qué se hizo el piano?

—Cuando cayó Yrigoyen dejaron cesante a mi padre, que era gerente del Banco Hipotecario. Poco después, el piano desapareció misteriosamente de casa...

Pero el niño Ariel Ramírez, alumno por entonces de la escuela Rivadavia, no quedó desvinculado de la música. Todos los veranos lo mandaban a un pueblito de Córdoba donde vivía, ya jubilado, don Cantalicio Ramírez, hermano de su padre, que durante muchos años había recorrido el país como inspector de escuelas.

—El tío Cantalicio era buen guitarrista —sigue contando Ariel— y sus inspecciones docentes eran, al mismo tiempo, una amorosa búsqueda de cantares criollos. Los veranos de mi niñez me enseñaron todo el folklore: en la voz de mi tío Cantalicio surgía noche a noche, en la paz de la tertulia hogareña, ese riquísimo acervo que en aquella época —estoy hablando del año 30, del año 32— solo podía transmitirse oralmente. Las zambas más viejas, las cuecas casi olvidadas, las vidaladas más tradicionales yo las aprendí de Cantalicio Ramírez, inspector de coplas y escuelas...

EL FRUSTRADO MAESTRO RAMIREZ

Seguíamos hablando sin apuro. El piano mudo, el pentagrama intacto, la botella casi vacía... Me contaba Ariel sus estudios en la Escuela Normal de Santa Fé.

—Fui autor de un "Himno de la Juventud Normalista" que fue declarado marcha oficial de la escuela por un decreto del gobierno.

—Entonces, ¿los estudios de piano habían sido reiniciados?

—Sí. A los 16 años empecé a estudiar piano en conservatorios privados y en el Municipal de Santa Fé. A los 20 años ya era pianista. También era maestro normal. Entonces se me presentó mi primera gran alternativa: mi vocación de pianista o mi profesión de maestro.

Ariel me cuenta ahora su única y brevísima experiencia docente. Le ha-

(Continúa en la pág. 14)

(Viene de la pág. 13)

bían dado una suplencia en una escuela de Santa Fe. El maestro Ramírez se hace cargo del curso y empieza a dictar su clase. Uno de los niños pide permiso para ir al baño. El maestro se lo concede. Cuando vuelve, otro niño pide permiso para lo mismo. Sentado el precedente anterior, el maestro no puede negárselo.

—Luna: durante dos días mi clase no fue más que un desfile de chicos yendo y viniendo al baño... Era algo infernal. Entonces, viendo que eso no podía seguir así, al segundo día...

—¿Se cancelaron todos los permisos...?

—¡No! ¡Renuncié!

Así terminó la carrera docente de Ariel. ¡Bienhaiga la travesura de los muchachos que hicieron abandonar el magisterio a este maestro que tenía corcheas y semifusas en la cabeza! Los que se deleitan —y son muchos— con "La Última Palabra", "El Tristecita", "El Nacimiento del Charango" y tantas otras creaciones de Ariel Ramírez ignoran como lo ignoraba yo, que en parte debemos agradecer a esos paisanitos santafecinos su picardía...

EL LLAMADO DE UNA VOCACION

Entonces Ariel decidió dedicarse en forma exclusiva a lo que sentía ya como una verdadera vocación. Era un buen pianista pero no se satisfacía con la ejecución de creaciones expresivas de otras culturas. Quería buscar la voz de su propia tierra, hacerla suya y enriquecerla. La visita de Arturo Scianca a Santa Fe para dictar varias conferencias sobre folklore le abrieron una perspectiva nueva.

—Ese mundo que yo había percibido vagamente a través de los cantares de mi tío Cantalicio ahora lo ordenaba Scianca metódica y racionalmente. Fue este maestro el que suscitó mi destino musical en la línea del folklore.

Estaba en sus veinte cruciales años. Decidió abandonar Santa Fe y dirigirse al norte. Allí estaba la materia viva del folklore, el espíritu más rico de la tradición musical del país. Le urgían las ganas de conocer la gente y el paisaje del norte, el ritmo y la melodía de Salta, de Tucumán, de Jujuy.

—Tres años estuve por allá, viviendo de mis pequeños conciertos y de la generosidad de algunos amigos, entre ellos Atahualpa Yupanqui, que me enseñó los misterios de la zamba.

Me imagino a Ariel Ramírez por esos años: el 40, el 41, el 42... Me lo imagino altísimo, flaquísimo, con su pelo renegrido cayéndole sobre los ojos. En la evocación de Ariel van desfilar nombres y lugares.

—No puedo olvidar al doctor Justiniano Torres Aparicio, en cuya casa de Humahuaca viví varios meses. Es un hombre extraordinario. Médico, arqueólogo, historiador, conocedor profundo del folklore norteno, guitarrista, quenista... Y por sobre todo, un hombre de noble calidad. Todo el mundo podía ampararse en su casa generosa. Allí conocí a un indio aymará que tocaba todos los instrumentos de viento: pincullo, erke, sikuri, tarka anata... Nos hicimos amigos y desde entonces me acompañó.

—¿Tarquino?

—El mismo Cipriano Tarquino, el hombre que vendió su cabeza a los sabios rusos...

Nos reimos recordando la anécdota. El "Indio" Tarquino acompañó a Ariel en una de sus giras a Europa. Cuando estaban en Leningrado, el investigador chaqueño Armando Cerruti hizo una disertación sobre la raza aymará en el Museo Antropológico. Tanto interesó el tema a los sabios rusos que decidieron hacer una curiosa oferta a Tarquino, único ejemplar de esa raza que podía tener a mano. Tarquino pensó, filosóficamente, que más vale 150 dólares en vida que la integridad física después de muerto... de modo que firmó los papeles, embolsó los dólares y ahora está comprometido a que su cabeza viaje a Leningrado después de fallecer. Esperemos que el Museo Antropológico tenga que esperar muchos años más...

—Pero estaba contando mis años en el Norte. Fueron tres años de una bohemia fecunda y llena de riqueza espiritual. Bebí en las fuentes mismas de la cultura popular. Me hice millonario de amigos. Conocí palmo a palmo esas provincias y otras del noroeste.

—¿Hasta qué año?

—Hasta 1943. Recibí un telegrama de Atahualpa Yupanqui pidiéndome que bajara con urgencia a Buenos Aires para participar de un espectáculo teatral. Pensé hacer una pausa en mi peregrinación por tierras del norte, pero en realidad mi viaje a Buenos Aires fué definitivo. Se cerraba una etapa y se abría otra.

Ariel miró su reloj. Las tres de la mañana.

—¿Seguimos o nos vamos?

—Seguimos —le dije—. Con una pausa para que los recuerdos se refresquen.

(Continuaré)...

MI VIDA

Por
**ARIEL
RAMIREZ**



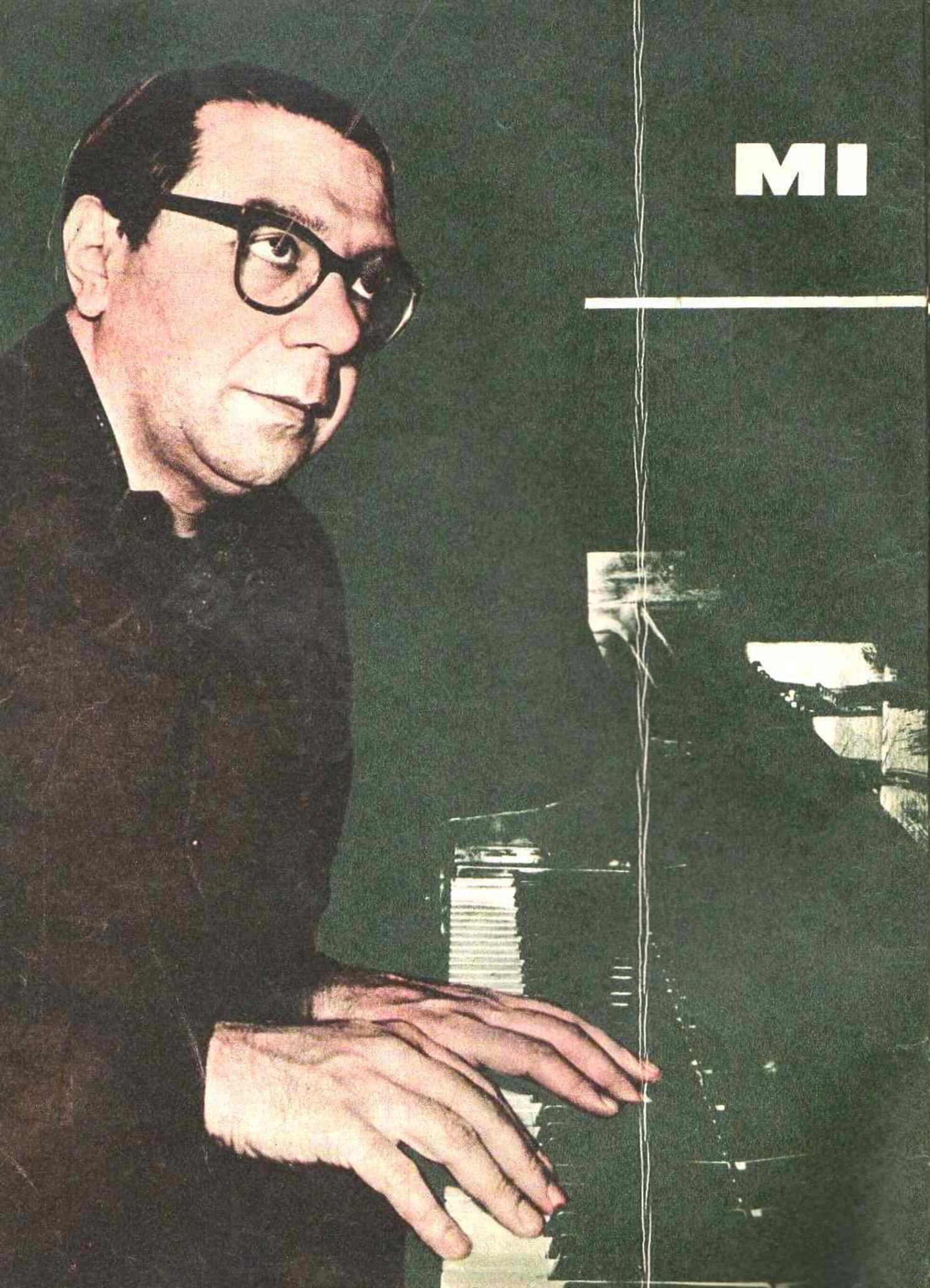
Allí por el año 1939... algunos rostros para recordar: Ariel Ramírez, Claudio Martínez Paiva y Fernando Ochoa, en la Provincia de Santa Fe.



Don Zenón Ramírez, criollo de Coronda, padre de Ariel. Ahora tiene 82 años, y a los 80, ha publicado un hermoso libro de cuentos...

1940. También en Santa Fe: Ariel con "El Chúcaro", Ochoa y Z. Ramírez.





MI VIDA POR ARIEL RAMIREZ

— escribe Félix Luna

Mientras la noche seguía escurriéndose en los relojes, Ariel Ramírez continuaba contándome sus años jóvenes. Eran los primeros de la década del 40, en una Buenos Aires que no sabía nada de folklore, que no conocía la música nativa o solo la conocía a través de expresiones muy menores.

—Por eso los folkloristas de aquella época eran todos muy conversadores —aclara Ariel— porque antes de tocar una zamba, por ejemplo, era necesario explicar al público de qué se trataba, en qué consistía.

Me habla de las madrigueras donde se escondía el folklore de aquellos años: el centro tradicionalista El Ceibo, en los bajos de la Confitería América; Mi Refugio, Mi Rincón y unos pocos más.

■ AMISTADES PARA SIEMPRE

—Por las noches nos reuníamos en “El Pensador”, un boliche que había frente a Plaza de Mayo. Allí conocí a casi todos los hombres que han hecho folklore en el país. “El Pensador” era el lugar obligado de reunión donde se albeaba hablando de nuestra música, construyendo proyectos, luchando palmo a palmo para conquistar la ciudad. Allí anudé amistades para siempre con Hilario Cuadros, Miguel Ángel Miranda, Félix Pérez Cardoso —¡el extranjero que más hizo por la difusión de la música argentina, si se puede llamar extranjero a un paraguayo!—. Allí conocí a Benítez-Pacheco, a Buenaventura Luna, a los hermanos Abalos...

Se demora recordando tantos rostros amigos, unos presentes todavía, otros ya evadidos para siempre.

—Una noche conocí a un guitarrista que ya apuntaba como algo extraordinario. Era un año más joven que yo. Bastante gordo y con mucho pelo... Nunca podría adivinarse por esta descripción que se trataba de Eduardo Falú...

Fueron años de pobreza y de pelea.

—Estaba contratado por Radio El Mundo y se defendía dando conciertos, casi siempre en el interior. Pero los conciertos venían muy espaciados. Demasiado intervalo entre uno y otro... Yo me tracé una línea de conducta y no me apenaba de ella. Por ejemplo, nunca quise tocar en “boites” o confiterías: me parecía que no debía hacerlo, y no me arrepiento de haber pensado así. Compañía algunas co-

sas: fue por esos años cuando hice “La Tristecita”, una de las creaciones que más quiero.

Mientras Ariel habla, me lo imagino en esos años bohemios, largándose al interior para tocar el piano como los dioses, defendiendo su línea artística, tratando de imponer su modo musical. Entretanto, en este Buenos Aires difícil se empezaba a poblar la cintura con una laboriosa y pacífica invasión de hombres del interior que traían a la gran ciudad sus legítimas ansias de conquistar un bienestar que no podían tener en sus provincias. Y que traían en el corazón el recuerdo de sus zambas, sus chacareras, sus chamamés, sus cuecas...

—Me acuerdo una vez en Catamarca —dice Ariel—. Llegué para dar un concierto y me encontré que nadie sabía nada. Ni siquiera dónde era. Desesperado, tuve que apelar al jefe de policía, para que averiguara en qué sala era el recital. Al fin pude localizar el lugar: un cine. Fui, hablé con el gerente, que me llamaba todo el tiempo “señor Rodríguez” y me decía que aunque nadie sabía nada del concierto, seguramente habría público...

—¿Y el concierto se hizo, finalmente?

—No, porque cuando quise probar el piano, el hombre se me quedó mirando, asombrado. “¿Piano? —me dijo—. No tenemos... Nosotros creíamos, señor Rodríguez, que usted era guitarrista...”

■ RUMBO A EUROPA

En 1950 Ariel Ramírez decide largarse a Europa. Ha bebido el folklore en sus fuentes nativas durante tres años. Ha luchado siete años en Buenos Aires para imponerlo. Ahora considera bueno hacer una pausa. Ir al Viejo Mundo, conocer cómo cantan y bailan esos pueblos y llevar el mensaje de la música nuestra en sus diestras manos. Ariel se embarca en el “Santa Fe” con un pasaje “de ida” solamente, y cien dólares en el bolsillo por todo capital.

—En el barco me hice amigo de todos. Pero el “Santa Fe” era un barco modesto y no tenía piano: y yo me moría de ganas de tocar durante la larga travesía. Cuando llegamos a Génova los oficiales me invitaron a una “boite” para que tocara música argentina.

Allí fueron con los oficiales y algunos pasajeros, todos en patota. En la "boite" había una pequeña orquesta melódica y la gente bailaba. Los oficiales pidieron al maitre que se le permitiera a Ariel Ramírez tocar "música americana".

—Tanto insistieron los muchachos del barco, que finalmente el animador me invitó a sentarme en el piano, anunciándome en su lengua italiana, tan propensa a la exageración, como un famosísimo artista. Pero la gente —¡claro!— no tenía ningún interés en escucharme sino en bailar. —¿Y qué ocurrió?

—Lo previsible. Empecé con un gato. Había frialdad en la sala. Toqué la primera, se oyeron algunos cortes aplausos, mientras nuestra mesa, la de los argentinos, se venía abajo con las aclamaciones de los compatriotas. Resignado a cumplir con mis amigos, empecé a tocar la segunda. Y entonces se oyó una gruesa voz meridional: "—Esta música é una porchería... E il pianista, anche!..."

Ariel ríe a carcajadas recordando esa noche.

—¡Qué debut! La cosa terminó con una batalla campal. Volaban las botellas y las sillas mientras yo trataba de esquivar los proyectiles escondiéndome tras del piano, igual que en una película del Far West. Finalmente, tuvimos que salir por una puerta lateral. Ese fue mi primer concierto en Europa...

Pero los restantes, por supuesto, no fueron tan belicosos. Ariel pensaba ir a París, pero desde Roma lo llamaba Fernando Birri, su comprovinciano y amigo de la infancia. "Hay alojamiento gratis en el Instituto Italo Argentino de Intercambio Cultural", le escribió. El viajero no dudó y su estada en Roma duró nueve meses.

—Toqué en Radio Vaticano y fui recibido por el Papa. También toqué en la Universidad de Roma. Después me invitaron a la Academia de Música de Viena y allí seguía cursos de folklore de los pueblos de Europa Central, durante cinco meses. En Viena di un concierto en la Sala Brahms. Allí se me estaban acabando las "divisas" cuando recibí una beca del Instituto de Cultura Hispánica. Me largué, pues, para España donde estuve seis meses, aprendiendo el folklore de las regiones peninsulares y dando conciertos.

—Siempre espaciados...

—Siempre, desgraciadamente. De España seguí viaje a Alemania. Fijé mi residencia en Dortmund, una ciudad industrial de la cuenca del Ruhr y desde allí realicé algunas giras por Alemania, Bélgica y Holanda.

■ EL MATE Y ARIEL RAMÍREZ

—Me acuerdo que uno de los mayores apuros de mi vida lo pasé en Holanda. Me habían contratado para hacer varios recitales y el contrato estipulaba que me alojaría en casas de familia. Llegué a un pueblo —Endoven—, donde se me recibió con mucho cariño: la familia hablaba español y en el comedor habían colocado una bandera argentina. Pero después de la bienvenida, dijeron mis anfitriones: "Para que usted esté como en su propia casa, le tenemos preparado esto..." y me ofrecieron un mate con todos sus elementos, listo para ser preparado. Ahora bien: yo

jamás tomo mate: me hace mal. Ni sé cómo se ceba. Pero los holandeses esperaban ansiosamente que yo comenzara el rito del mate. Tuve que hacerlo como Dios me dio a entender y chupé una infusión espantosa, ante las caras sonrientes de mis amigos... Me imagino que esa familia todavía tomará mate en la forma que aprendieron de mí. Y se asombrará, seguramente, que a los argentinos pueda gustarnos una bebida tan horrible...

Gran Bretaña fue el país del éxito para Ariel. Tocó en la BBC de Londres y en el Withmore Hall. Tuvo una entusiasta crítica y muchas satisfacciones.

—En cambio me fue mal en París. En seis meses apenas pude dar un concierto.

—¿Y qué otras experiencias trajeron esos viajes?

—Conocí mucha gente, muchos lugares. Viví a veces en los mejores hoteles y otras veces en las fondas más pobres.

—¿Apoyo oficial del gobierno argentino?

—Ninguno. Yo era de la "contra"... En París no pude residir en el pabellón argentino de la Ciudad Universitaria, por esa razón. En cambio, en Roma me ayudó el entonces agregado cultural de la Embajada Argentina, señor José Luis Muñoz Ayzpuri.

—¿Y el regreso al país?

—Volví en 1955, porque después de mi primer viaje a Europa volví a América pero no a la Argentina. Estuve primero demorándome en Perú, en Bolivia, en Uruguay. Aprendí un folklore que ya conocía pero que no había visto en sus fuentes vivas. Perú me brindó un caudal riquísimo igual que Bolivia. Yo me quedaba meses en cada país, pues en todos lados se me ofrecía amistad y atención. En 1955, en Montevideo, fundé la Compañía de Folklore, que hizo su estreno en el SODRE, con el consejo inapreciable del maestro Hugo Balzo.

—¿Hicieron entonces algo parecido a los espectáculos del Teatro Odeón?

—Algo parecido, no: exactamente igual. Ese espectáculo lo llevé a Chile y al interior del país, durante varios años. En realidad podría decir que todo el país, menos Buenos Aires, ya conocía "Esto es Folklore". Aquí recién este año pude hacerlo. No es fácil conquistar esta ciudad...

—Y eso que en 1955 ya estaba compuesta "La Última Palabra".

—Y también "El Paraná en una Zamba", "Paisano Santafecino" y "Volveré siempre a San Juan"...

Pero Ariel me sigue contando.

—Después, en 1957, volví por segunda vez a Europa con la compañía. Recorrimos casi todos los países del viejo continente y ahora ya no se trataba de un joven pianista desvalido el que iba a llevar las expresiones de la música argentina, sino un conjunto de danzas y canciones. En 1961 repetí el viaje, esta vez solo, para dar conciertos en Londres, Amsterdam y Viena. En Alemania grabé un long-play para Deutsche Gramophon. Estaba comenzando otra etapa de mi vida artística.

Comenzaba a querer amanecer. Pero ya no podíamos dejar de conversar. Y Ariel comenzó a relatarme lo que él llama "la tercera etapa".

(Continuará)



1 Ariel Ramírez con el maestro Arturo Schianca en 1937. Fue Schianca quien abrió el universo del folklore a Ariel.



2 En 1938, con Argentino Valle. En esa época Ariel estudiaba para maestro. Pero ya el piano estaba presente en su vida.



3 Primeros conciertos de Ariel Ramírez: la foto lo muestra ante el micrófono de LU 7, Radio de Tucumán, en 1941.



MI VIDA

Por

ARIEL

RAMIREZ

EXCLUSIVO
PARA FOLKLORE

Por
FELIX LUNA

Luego del debut en el Teatro Odeón,
recibe la felicitación de su esposa.

■ LA ETAPA DE LAS REALIZACIONES

PRONTO albearía. De rato en rato se oían desde la calle esos sonidos que preceden al amanecer: un carrito de reparto de leche tempranero, los lejanos silbatos de los agentes de facción, el carraspeo de un transeúnte apurado, madrugador o trasnochador. Estábamos hablando con Ariel Ramírez de lo que él llama "la tercera etapa de su vida artística".

■ EVOLUCION HACIA LAS GRANDES REALIZACIONES

—Desde 1955 estoy viviendo otra etapa —me dice—. La primera fue de aprendizaje en las fuentes del folklore, aquí, en el país. La segunda fue también de aprendizaje, en Europa y América; y de transmisión de mi propio mensaje a públicos extranjeros. Ahora estoy caminando el período de concreción de algunas realizaciones en las cuales he dejado parte de mi vida.

Sacude la modorra que nos va invadiendo cuando habla, con entusiasmo, de esas realizaciones.

—La primera, una de las que he hecho con mayor cariño, es el Conjunto Provincial de Folklore de Santa Fe. Fue una obra fascinante que duró dos años y a la cual me di entero, apoyado en la comprensión y el respaldo de un gran gobernante: el Dr. Carlos Sylvestre Begnis. Le propuse en 1960 la formación de una compañía sostenida por el Estado provincial, sin interés comercial, que fuera la difusora popular de nuestro folklore y al mismo tiempo sirviera para formar a nuevos valores artísticos.

—Una idea novedosa...

—Novedosa aquí, ya que fue la primera compañía de este tipo en toda América. En cambio, en Europa, casi todos los países importantes cuentan con un elenco oficial folklórico. En Santa Fe se invirtieron en dos años no menos de diez millones de pesos para la formación del conjunto. Se compró vestuario, se contrataron profesores, se hicieron concursos para reunir a los mejores valores, se trabajó con entusiasmo y fe. Pronto estuvimos en condiciones de recorrer toda la provincia para ofrecer en cada pueblo las mejores expresiones del folklore nacional y americano. Fue con ese conjunto que hicimos "Paraná Arriba", el cuatro litoral que tuvo tanto éxito este año en el teatro Odeón.

—¿Muchas satisfacciones?

—Muchas. Era hacer lo que hizo en España García Lorca, acercando su tinglado al pueblo para darle arte y recibir de él los aportes más ricos y permanentes. Todo empezó a terminar el 29 de marzo de 1962... La ignorancia de las autoridades que enviaron desde la capital federal a mi provincia y la ambición de los que me sucedieron al frente del conjunto hicieron que toda esa tarea colectiva fuera liquidada en dos meses. A mí me echaron; y el autor de mi cesantía fue nada menos que un profesor que tuve años atrás en la escuela normal... La poliquería y el arte no marchan juntos...

—De todos modos debe haber sido una buena experiencia.

—Una inolvidable experiencia. Pero para seguir con las realizaciones de esta etapa de mi vida debo señalar a "Coronación del Folklore".

■ REUNION DE LOS TRES GRANDES

—La idea de hacer ese disco se nos ocurrió a Eduardo Falú y a mí, cuando tocamos juntos, un poco en broma, en una audición de televisión. Pensamos, con ese motivo, que podíamos hacer una larga duración con la participación de Los Fronterizos. La iniciativa

se concretó rápidamente y el disco —que la empresa editora llamó "Coronación del Folklore" como una alusión a la jerarquía con que se hizo— batió todos los records de venta conocidos hasta entonces, lo que demostró que el interés comercial no está reñido con la calidad. "Coronación" fue para mí otra experiencia importante: con Falú logramos algunas secuencias que me dejaron muy satisfecho y Los Fronterizos, en dúo con el guitarrista salteño, hicieron una parte que el público no olvida. Fue el primero de la serie de grandes discos que pienso hacer...

—...y de la cual forma parte, desde luego, la "Misa Criolla"...

—Desde luego. Pero antes, en orden de tiempo, está el espectáculo del Odeón. Esa es otra realización de esta etapa artística que fue, tal vez, la más difícil de ejecutar.

—¿Por qué? ¿No era un espectáculo ya probado en el resto del país?

—Sí, pero tardé nueve años en "meterlo" al público porteño. Había dudas en el ambiente teatral sobre el éxito de "Esto es Folklore". El último espectáculo de este tipo se hizo hace veinte años en el teatro Presidente Alvear y fue un fracaso, aunque sus participantes eran de primera línea. Además, en la forma como yo concebí el espectáculo, no se daba al público en todo su transcurso ni piernas ni cuchillos...

—¿Cómo?

—Dije "ni piernas ni cuchillos"... O sea, ni desnudos, ni revoleros de polleras ni exhibicionismo falsamente folklórico. Ofrecíamos folklore. Auténtico. Sin concesiones.

—Pero a cambio de esas carencias ustedes daban nombres de primer plano.

—Naturalmente. Los Chalchaleros, Jaime Torres, Raulito Barbosa, Los Fronterizos, Juan Peregrino y todos los que participaron en "Esto es Folklore" son artistas cuyo nombre es una garantía. Así y todo, el éxito superó los pronósticos más optimistas. Con lo que se probó —digo e insisto— que hay público sobrado para el folklore, cuando se lo entrega con dignidad y calidad.

—Y ahora, la "Misa"...

—La realización de "Misa Criolla" fue contemporánea al espectáculo del Odeón. Por supuesto, no voy a contarle a Félix Luna los detalles de la iniciativa, la elaboración y la ejecución de esta obra... Además, están demasiado frescos los comentarios para que volvamos a hablar sobre este disco. Fue una gran aventura: una aventura de fe. Encarar un tema como ése sin degradarlo, sin comercializarlo y —al mismo tiempo— sin dejar de brindarle elementos para la receptividad del público, fue una empresa muy difícil. Lo he dicho muchas veces, pero es bueno repetirlo: Los Fronterizos, el padre Gabriel Segade y su extraordinario coro, los artistas que colaboraron en su factura, empezando por Jaime Torres, todos contribuyeron decisivamente a que tuviera éxito mi idea de poner la misa en ritmo criollo.

—Y ese éxito, éste sí, superó todas las previsiones, Ariel...

—Aun las previsiones más locamente optimistas. Pero, ¿por qué ocurrió este suceso? Porque se dio lo mejor. Porque se hizo con el alma, sin descuidar ningún aspecto, elevando la puntería hasta el máximo. De modo que caemos en lo mismo: cuando se ofrece calidad, calidad en serio, el público siempre responde.

■ ¿Y AHORA?

Después seguimos conversando de muchas cosas.

—¿Y ahora, Ariel? Las cuatro realizaciones enumeradas ya están hechas y viven o han vivido su propia vida. El Conjunto Provincial

MI VIDA

Por

ARIEL RAMIREZ



Idea de Ariel. "Coronación del Folklore" con Falú y Los Fronterizos.

de Folklore fue destruido, pero es un precedente que tarde o temprano tendrá que rehacerse. "Coronación" y la "Misa" andan por el mundo con su mensaje. "Esto es Folklore" triunfó y no sería difícil que tuviera que repetirse. Pero, ¿y ahora? ¿Qué piensa hacer Ariel Ramírez en esta etapa?

—Bueno... ideas no faltan.

Proyectos, iniciativas, ocurrencias desfilan rápidamente por la imaginación de Ariel.

—Por de pronto, pienso dedicarme más a la composición y al espectáculo...

De pronto dice algo que sorprenderá, tal vez, a muchos lectores.

—...y continuar intensamente con mis estudios de contrapunto y composición.

(Porque sabrán los lectores que el maestro Ariel Ramírez, consagrado en Europa y América, sigue estudiando día a día, con un famoso maestro alemán radicado en la Argentina. Pues para Ariel Ramírez nunca está completa su cuota de conocimientos musicales y sabe que su arte le exige una base teórica infinita.)

—No dejaré de lado mi actividad de concertista, pero naturalmente no le entregaré todo el entusiasmo que antes le brindé. Otros campos —campos de creación— son los que ahora me atraen con más fuerza.

—¿Proyectos?

—Me estoy documentando para el montaje de un nuevo espectáculo.

—¿Como el del Odeón?

—Eso... el tiempo lo dirá. Tengo previstos dos viajes, por lo menos, uno a México y otro a España. Y dos discos larga duración: uno de ellos con un artista que todavía no ha tenido la oportunidad que merece su talento.

—¿Nombre?

—Misterio... por ahora. Solo puedo adelantar que el signo musical de este disco será litoral. Además, tengo otro proyecto para hacer un disco que puede tener, a mi juicio, una trascendencia semejante a la de "Misa Criolla".

—¿Se trata de un tema religioso?

—No: es un tema profundo, permanente, hondo. Y el signo de este disco será épico.

—Decididamente, esta noche estamos muy misteriosos...

—Son proyectos, todavía y no vale la pena hacer nombres ni formular precisiones. En cambio, lo que sí puedo decir con toda seguridad es que nada es fácil en el mundo artístico; pero que muchas veces, el camino que parece más fácil es el que al poco tiempo cierra sus salidas. Puedo decir que en el campo del folklore, para tener éxito no hace falta ser chabacano, porque precisamente el folklore traduce valores que están nutridos de belleza, de tradición, de serenidad, de espiritualismo.

Ya era francamente la mañana. Toda la noche habíamos estado conversando. Las barbas crecidas nos devoraban la cara, a Ariel y a mí, trasnochados y fatigosos. El piano bostezaba con todo su teclado al aire. Afuera el barrio empezaba a moverse para empezar la tarea cotidiana.

Y de pronto, el futuro entró en el estudio de Ariel. Lo hizo gritando, protestando, riendo, con lágrimas y risas inflando y desinflando su carita fresca. Mariana Ramírez, de dos años de edad, entró a la habitación, tropezó en las piernas largas de su padre y después —como si estuviera acariciando desmañadamente un animal doméstico ya familiar— golpeó largamente, con ferocidad infantil, sobre el teclado. Su padre sonríe embobado, aletargado, feliz. Y yo me fui de puntillas, para contar todo esto, amigos lectores...



La pequeña Mariana atrae la atención de su famoso padre.